

sefa al oído.—He aquí lo que es París, eso mismo he sido yo.
—Hecho—replicó el anciano levantándose y frotándose las manos.

Cuando Olimpia Bijou se hubo marchado, Josefa miró al barón con aire malicioso y le dijo:

—Papá, si no quieres tener disgustos, sé severo como un fiscal, y tenle corta la brida á la pequeña. Cuidado con los Augustos, con los Hipólitos, con los Néstores, porque una vez que se haya vestido bien y que esté bien alimentada, la niña será otra cosa. Voy á ver si acabo de arreglarte. El duque hace bien las cosas: te presta, es decir, te da diez mil francos y pone ocho en casa de su notario, el cual quedará encargado de darte seiscientos cada trimestre, porque yo te tengo miedo. ¿No soy buena?

—¡Adorable!

Diez días después de haber abandonado á su familia, en el momento en que ésta, arrasada en lágrimas, estaba agrupada en torno del lecho de Adelina moribunda, la cual decía con voz débil: «¿Qué hace?» Héctor, bajo el nombre de Thoul, se hallaba con Olimpia en la calle de Saint-Maur, al frente de un establecimiento de bordados, bajo la sinrazón social Thoul y Bijou.

CAPITULO XXXII

La espada de Damocles

Victorino Hulot recibió de la desgracia que se encarnizaba con su familia esa última lección que perfecciona ó desmoraliza al hombre. Se hizo perfecto. En las grandes tempestades de la vida, se imita á los capitanes que afrontan las tormentas aligerando de las más pesadas mercancías al buque. El abogado perdió su orgullo interior, su visible aplomo, sus aires de orador y sus pretensiones políticas. En fin, que fué como hombre lo que su madre como mujer. Resolvió aceptar á su Celestina, que no realizaba ciertamente sus sueños, y juzgó sanamente la vida viendo que la ley común le obliga á uno á contentarse en todo con las aproximaciones. Le causó tanto horror la conducta de su padre, que se juró á sí mismo cumplir con sus deberes. Estos sen-

timientos se fortificaron á la cabecera del lecho de su madre el día en que ésta quedó salvada. Esta primera dicha no vino sola. Claudio Vignon, que iba todos los días de parte del ministro á enterarse del estado de la señora Hulot, rogó al diputado reelegido que le acompañase á casa del príncipe de Wisembourg, diciéndole:

—Su Excelencia desea tener una conferencia con usted sobre asuntos de su familia.

Victorino Hulot y el ministro se conocían hacía ya tiempo; así es que el mariscal le recibió con su amabilidad característica y de buen augurio.

—Amigo mío—le dijo el viejo guerrero,—en este despacho juré á su tío el mariscal que cuidaría de su madre. Me han dicho que esa santa mujer va á recobrar la salud, y creo llegado el momento de curar sus llagas. Tengo doscientos mil francos para usted y voy á entregárselos.

El abogado hizo un gesto digno de su tío el mariscal.

—Tranquilícese usted—dijo el príncipe sonriéndose.—Es un fideicomiso. Mis días están contados, yo no estaré siempre aquí y le ruego que tome esta suma y que me reemplace en el seno de su familia. Puede usted servirse de ese dinero para pagar las hipotecas que gravan sobre su casa. Estos doscientos mil francos pertenecen á su madre y á su hermana. Si yo diese esta suma á la señora Hulot, su ceguera por su marido me haría temer que los dispase, y la intención de los que la dan es que sea el pan de la señora Hulot y de su hija, la condesa Steimbock. Usted es un hombre juicioso, digno hijo de su noble madre, y digno sobrino de mi amigo el mariscal. Querido amigo, no crea usted que no es aquí apreciado lo mismo que en otros sitios. Sea usted, pues, el ángel tutelar de su familia y acepte el legado de su tío y el mío.

—Monseñor—dijo Hulot tomando la mano del ministro y estrechándosela,—los hombres como usted saben que el agradecimiento de palabras no sirve nada, que el agradecimiento se prueba.

—Pruébeme usted el suyo—dijo el veterano.

—¿Qué es preciso hacer?

—Aceptar mis proposiciones—dijo el ministro.—Quieren nombrarle á usted abogado de lo Contencioso de guerra, abogado consultor de la prefectura de la policía y consejero de la lista civil. Estos tres cargos le darán á usted diez y

ocho mil francos de renta y no le privarán de su independencia. Votará usted en la cámara según sus opiniones políticas y su conciencia... Obrará usted con completa libertad ¡quién lo duda! ¡Aviados estaríamos si nouviésemos oposición! Cuatro letras de su tío dirigidas á mí algunas horas antes de que exhalase el último suspiro, han bastado para que yo supiese la norma de mi conducta para con su madre, á quien tanto quería el mariscal. Las señoras Popinot, Rastignac, Navarreins, Spard, Grandlieu, Carigliano, Lenoncourt y La Batie han creado para su querida madre una plaza de inspectora de beneficencia. Estas presidentas de sociedades benéficas no pueden hacerlo todo, necesitan una dama de confianza que pueda suplirlas para visitar á los desgraciados, saber si la caridad está ó no bien hecha, ver si los socorros han sido entregados á los que los han pedido, penetrar en casa de los pobres vergonzantes, etc., etc. Su madre desempeñará la misión de un ángel, sólo se relacionará con los señores curas y con las damas de caridad y tendrá seis mil francos al año y coche. Joven, ya ve usted que desde el fondo de su tumba, el hombre puro, el hombre noblemente virtuoso, sigue protegiendo á su familia. Nombres como el de su tío son y deben ser una égida contra la desgracia en las sociedades bien organizadas. Siga usted, pues, las huellas de su tío, persista en ellas, pues yo sé que usted está.

—Príncipe, no me asombra tanta delicadeza en el amigo de mi tío—dijo Victorino;—procuraré responder á todas sus esperanzas.

—Vaya usted en seguida á consolar á su familia... ¡Ah! diga usted—repuso el príncipe cambiando un apretón de manos con Victorino,—¿es cierto que ha desaparecido su padre?

—¡Ay de mí! Sí.

—Tanto mejor. Ese desgraciado ha tenido lo que no le falta nunca, ingenio.

—Tiene encima unas letras de cambio que le amenazan.

—¡Ah! ya recibirá usted seis meses anticipados del sueldo de sus destinos—dijo el mariscal.—Esto le ayudará, sin duda, á retirar esos títulos de manos del usurero. Por otra parte, yo veré á Nucingen y tal vez podré desempeñar la paga de su padre sin que le cueste un céntimo ni á usted ni á mi ministerio. El par de Francia no ha hecho desaparecer

al banquero; Nucingen es insaciable, y pide una concesión de no sé qué.

A su vuelta á la calle Plumet, Victorino pudo, pues, realizar su proyecto, tomando en su casa á su madre y á su hermana. El joven y célebre abogado poseía por toda fortuna uno de los inmuebles más hermosos de París, una casa comprada en 1834, situada en el bulevar entre la calle de la Paz y la calle de Luis el Grande. Un especulador había construido dos casas, que daban una á la calle y otra al bulevar, y entre ellas, situado entre dos caminitos y unos patios, había un magnífico pabellón, despojo de los esplendores del gran palacio de Verneuil. Hulot hijo compró por un millón aquella soberbia propiedad, de cuyo importe pagó únicamente quinientos mil francos. En un principio se instaló en su piso bajo esperando que podría hacer el pago con el importe de los alquileres. Pero si las especulaciones con casas son en París seguras, en cambio son también lentas y caprichosas, pues dependen de circunstancias que no se pueden prever. Como han podido notar los callejeros parisienses, el bulevar comprendido entre la calle de Luis el Grande y la calle de la Paz, mejoró muy lentamente, y se limpió y se embelleció con tanto trabajo, que, hasta 1840, el comercio no fué á establecer allí sus espléndidos escaparates, el oro de los cambistas, los caprichos de la moda y el lujo desenfadado de sus tiendas. A pesar de los doscientos mil francos ofrecidos por Crevel á su hija en la época en que su amor propio se sentía halagado con aquel matrimonio, cuando el barón no le había robado aún á su Josefa; á pesar de los doscientos mil francos pagados por Victorino en siete años, la deuda que pesaba sobre el inmueble se elevaba aún á quinientos mil francos, á causa de la abnegación del hijo por el padre. Afortunadamente, la elevación continua de los alquileres y lo hermoso de la situación del edificio, daban en aquel momento todo su valor á las dos casas. La especulación se realizaba á ocho años de plazo, durante los cuales el abogado se había aniquilado pagando intereses y sumas insignificantes á cuenta del capital debido. Los comerciantes proponían ellos mismos ventajosos alquileres por las tiendas, á condición de que los alquileres fuesen por diez y ocho años. Las habitaciones adquirirían mayor valor á causa del cambio del centro de los negocios, el cual se fijaba entonces entre la Bolsa y la Magdalena, asiento que fué luego del poder poli-

tico y de la banca de París. La suma entregada por el ministro, unida al año pagado por adelantado y á las fianzas de los inquilinos, iban á reducir la deuda de Victorino á doscientos mil francos. Los dos inmuebles iban á dar unos cien mil francos anuales; de manera que al cabo de dos años, durante los cuales Hulot hijo tenía que vivir de sus honorarios y del sueldo de sus destinos, iba á encontrarse en una posición soberbia. Aquello era el maná caído del cielo. Victorino podía dar á su madre todo el primer piso del pabellón y á su hermana el segundo, donde Isabel tendría dos cuartos. En fin, dirigida por su prima Bel, aquella triple casa soportaría todas sus cargas y presentaría una superficie honrosa, cual convenía al célebre abogado. Los astros del Palacio se eclipsaban rápidamente, y Hulot hijo, dotado de profunda oratoria y de severa probidad, era escuchado por los jueces y por los consejeros, estudiaba los asuntos, no decía nada que no pudiese probar, no defendía indiferentemente todas las causas y honraba la toga.

Su casa de la calle Plumet era tan odiosa á la baronesa, que ésta se avino á trasladarse á la calle Luis el Grande. Gracias á los cuidados de su hijo, Adelina ocupó, pues, una magnífica habitación, y no tuvo que cuidarse de las nimiedades de la existencia, pues Isabel aceptó la misión de reanudar los milagros económicos realizados en casa de la señora de Marneffe, al ver así un medio de hacer pesar su sorda venganza sobre aquellas tres nobles existencias, objeto de un odio atizado por la pérdida de todas sus esperanzas. Una vez al mes, Bel iba á ver á Valeria, á cuya casa era enviada por Hortensia, que quería tener noticias de Wenceslao, y por Celestina, que estaba sumamente inquieta con las relaciones confesadas y reconocidas de su padre con una mujer á quien su suegra y su cuñada debían su ruina y su desgracia. Como se supondrá, Isabel se aprovechó de esta curiosidad para ver á Valeria con tanta frecuencia como quería.

Transcurrieron unos veinte meses, durante los cuales la salud de la baronesa mejoró mucho, sin que por eso cesase su temblor nervioso. La santa mujer se puso al corriente de sus deberes, los cuales ofrecían puras distracciones á su dolor y alimento á las nobles facultades de su alma, y vió en ellos un medio de encontrar á su marido con motivo de los azares que la conducían á todos los barrios de París. Durante este tiempo, las letras de cambio de Baubinet fueron

pagadas, y el retiro de diez mil francos que le correspondía al barón Hulot quedó casi libre. Victorino pagaba todos los gastos de su madre, así como los de Hortensia, con los intereses del capital que le había entregado el mariscal en fideicomiso. Ahora bien, cobrando Adelina seis mil francos, esta suma unida á los seis mil francos del barón, debían producir á la madre y á la hija una renta de doce mil francos libres de toda carga. La pobre mujer casi hubiera sido feliz, á no ser por perpetuas inquietudes acerca de la suerte del barón, á quien hubiera querido hacer gozar de la fortuna que empezaba á sonreír á la familia, y á no ser también por el espectáculo de su hija abandonada y por los terribles golpes que le daba *inocentemente* Isabel, cuyo carácter infernal pudo desarrollarse libremente.

Por otra parte, una escena que ocurrió á principios del mes de marzo de 1843, va á explicar los efectos producidos por el odio existente y latente de Isabel, ayudada por la señora de Marneffe. Dos grandes acontecimientos se habían realizado en casa de esta mujer. En primer lugar, había echado al mundo un hijo no viable, cuyo ataúd le valía dos mil francos de renta; y después, respecto al señor de Marneffe, he aquí la noticia que Isabel había dado á la familia once meses antes, al volver de una exploración hecha al palacio Marneffe.

—Esta mañana, esa horrible Valeria—había dicho la solterona—ha mandado llamar al doctor Bianchon para saber si no se engañaban los médicos que la víspera condenaron á su marido. Este doctor dijo que esta misma noche, aquel hombre inmundo pertenecerá al infierno que le espera. El padre Crevel y la señora Marneffe acompañaron al médico, al que su padre de usted, mi querida Celestina, le dió cien monedas de oro por esta buena noticia. Al volver al salón, Crevel ha tocado las castañuelas como un bailarín, y ha abrazado á aquella mujer diciéndole:—¡Ah! al fin serás la señora Crevel;—y cuando nos ha dejado solos para ir á ponerse á la cabecera del lecho de un marido que estaba en el estertor, su padre de usted me ha dicho á mí:—Con Valeria por mujer, llegaré á ser par de Francia. Compraré una tierra que me gusta, la tierra de Presles, que la señora de Serizy quiere vender, y seré Crevel de Presles, miembro del consejo general del Sena y Oise y diputado. ¡Tendré un hijo! En fin, seré todo lo que quiera ser.—¿Y su hija?—le

pregunté yo.—¡Bah! es una hija que se ha vuelto demasiado Hulot, y Valeria tiene horror á esa familia... Mi yerno no ha querido venir nunca aquí. ¿Por qué se las echa de mentor, de filántropo, de puritano? Además, yo he rendido cuentas á mi hija y ésta ha recibido ya doscientos mil francos más de los que le correspondían; de modo que puedo obrar á mi antojo. Juzgaré á mi yerno y á mi hija cuando me case, y según obren obraré. Si son buenos para su madrastra, ya veré. Yo soy hombre.—En fin, todas estas tonterías dichas en su postura napoleónica.

Los diez meses de viudez oficial ordenados por el código de Napoleón, habían expirado ya hacía algunos días. La tierra de Presles había sido ya comprada. Victorino y Celestina habían enviado aquella misma mañana á Isabel á buscar noticias á casa de la señora de Marneffe, acerca del matrimonio de esta encantadora viuda con el alcalde de París, que era ya miembro del consejo general del Sena y Oisse.

Celestina y Hortensia, cuyos lazos de afecto se habían estrechado al vivir bajo el mismo techo, estaban casi siempre juntas. La baronesa, llevada de un sentimiento de probidad que le hacía exagerar los deberes de su cargo, se sacrificaba en aras de la beneficencia, de la que era intermediaria, y salía todos los días, de once de la mañana á cinco de la tarde. Las dos cuñadas, unidas para cuidar á sus hijos, lo hacían en comunidad, permanecían juntas trabajando en casa y habían llegado á pensar en voz alta, ofreciendo la conmovedora armonía de dos hermanas, la una feliz y la otra melancólica. Hermosa, llena de desbordante vida, risueña y ocurrente, la hermana desgraciada parecía desmentir su situación real por medio de su exterior; mientras que la melancólica, amable y tranquila, pensativa y reflexiva habitualmente, hubiese hecho creer en la existencia de penas ocultas. Tal vez este contraste contribuía á su viva amistad. Aquellas dos mujeres se prestaban una á otra lo que les faltaba. Sentadas en un pequeño kiosco en medio de un jardinito, gozaban de la vista del nacimiento de las primeras lilas, fiesta primaveral que sólo es saboreada en toda su extensión en París, donde los parisienses viven seis meses en el mayor olvido de la vegetación, entre los muros de piedra en que se agita su océano humano.

—Celestina, creo que no sabes apreciar bastante tu dicha —decía Hortensia, respondiendo á una observación de su

cuñada que se quejaba de que su marido tuviese que estar en la cámara con tan buen tiempo.—Victorino es un ángel y tú á veces le atormentas.

—Querida mía, á los hombres les gusta ser atormentados. Ciertas triquiñuelas son una prueba de afecto. Si tu pobre madre hubiese sido más exigente, tal vez no hubieseis tenido que deplorar tantas desgracias.

—¡Isabel no vuelve! Voy á cantar la canción de Marlborough—dijo Hortensia.—¡Cuánto me tarda el tener noticias de Wenceslao! ¿De qué vivirá? En dos años no ha hecho nada.

—Victorino me ha dicho que lo vió el otro día con esa odiosa mujer, y supone que es ella la que le mantiene en la ociosidad. ¡Ah! Si tú quisieses, aun podrías atraer á tu marido.

Hortensia hizo con la cabeza un signo negativo.

—Créeme, tu situación no tardará en ser intolerable—dijo Celestina continuando.—En el primer momento, la cólera, la desesperación y la indignación, te han dado fuerzas. Después, las desgracias inauditas que han caído sobre nuestras familias: dos muertes, la ruina y la catástrofe del barón Hulot, ocuparon tu alma y tu corazón; pero ahora que vives en la calma y el silencio, no soportarás fácilmente el vacío de tu vida, y como tú no puedes ni quieres salir del terreno del honor, tendrás que reconciliarte con Wenceslao. Victorino, que te quiere tanto, es también de esta opinión. Hay algo más fuerte que nuestros sentimientos, y este algo es la naturaleza.

—¡Un hombre tan cobarde!—exclamó la altiva Hortensia.—Quiere á esa mujer porque lo mantiene. ¿Habrás pagado ya sus deudas?... Ella... Dios mío, noche y día pienso en la situación de ese hombre.

—Mira á tu madre, amiga mía...—repuso Celestina.

Celestina pertenecía á ese género de mujeres que cuando han escuchado razones suficientes para convencer al más terco, repiten por centésima vez su razonamiento primitivo. El carácter de su figura un poco vulgar, frío y común, sus cabellos de un castaño claro, el color de su tez, todo indicaba en ella á la mujer sin encantos, pero también sin debilidad.

—La baronesa bien desea estar al lado de su marido deshonrado para consolarle y ocultarlo en su corazón á todas

las miradas—dijo Celestina continuando.—Ha hecho arreglar allá arriba el cuarto del señor Hulot, cual si de un día á otro estuviese para llegar.

—¡Oh! Mi madre es sublime—respondió Hortensia,—es sublime á cada instante, todos los días, de veinte años acá; pero yo no tengo su temperamento... ¿Qué quieres? A veces me enfado conmigo misma. ¡Ah! Celestina, tú no sabes lo que es tener que pactar con la infamia.

—¿Y mi padre?—repuso tranquilamente Celestina.—Es indudable que está en la misma senda en que pereció el tuyo. Mi padre tiene diez años menos que el barón, ha sido comerciante, y Dios sabe cómo acabará. Esa señora Marneffe ha convertido á mi padre en su perrito, dispone de su fortuna y no hay medio de hacerle ver las cosas con claridad. En fin, tiemblo al pensar que se han publicado ya las proclamas. Mi marido intenta un esfuerzo y considera como un deber el vengar á la sociedad y la familia y el pedir cuenta á esa mujer de todos sus crímenes. ¡Ah! Hortensia querida, las almas nobles como la de Victorino, los corazones como los nuestros comprenden demasiado tarde el mundo y sus medios. Esto, hermana querida, es un secreto que te confío, porque te interesa; pero ni una palabra, ni un gesto que se lo revele á Isabel, á tu madre ni á nadie, porque...

—Aquí está Isabel—dijo Hortensia.—Buena prima, ¿cómo va el infierno de la calle de Barbet?

—Mal para vosotras, hijas mías. Mi buena Hortensia, tu marido está más entusiasmado que nunca con esa mujer, la cual hay que confesar que tiene por él una pasión loca. Su padre de usted, mi querida Celestina, está completamente ciego por ella. Esto no es nada porque es lo que veo cada quince días, y verdaderamente me considero feliz de no haber conocido nunca á ningún hombre. Son verdaderos animales. Dentro de cinco días, Victorino y usted, querida mía, habrán perdido la fortuna de su padre.

—¿Se han publicado las proclamas?—preguntó Celestina.

—Sí—respondió Isabel.—Acabo de defenderos. Le dije á ese monstruo que sigue las mismas huellas que el otro, que, si quería sacaros del apuro en que estabais, desempeñando la casa, le ayudaríais agradecidos y recibiríais á vuestra suegra. Hortensia hizo un gesto de espanto.

—Victorino dará su opinión—respondió fríamente Celestina.

—¿Sabe usted lo que me contestó el señor alcalde?—respondió Isabel.—Me dijo que se alegraba de que estuviérais apurados, porque á los caballos sólo se les doma por el hambre, la falta de sueño y el azúcar. El barón Hulot valía más que el señor Crevel; así es que, hijas mías, ya podéis poner os luto por la herencia. ¡Y qué fortuna! Su padre ha pagado los tres millones por la tierra de Presles y aun le quedan treinta mil francos de renta. ¡Oh! no tiene secretos para mí. Habla de comprar el palacio de Navarreins en la calle del Bac. La señora Marneffe posee, por su parte, cuarenta mil francos de renta. ¡Ah! Ahí está nuestro ángel guardián. Aquí está tu madre—exclamó al oír el rodar de un coche que se paraba.

En efecto, la baronesa no tardó en aparecer y en unirse al grupo de la familia. A los cincuenta y cinco años, agobiada por tantos dolores, temblando sin cesar, como si estuviese atacada de un temblor febril, Adelina, pálida y llena de arrugas, conservaba su hermoso talle, líneas correctas y su nobleza natural. Al verla, decía la gente: «Ha debido ser muy hermosa.» Devorada por la pena de ignorar la suerte de su marido y de no poder hacerle participar, en aquel oasis parisiense, en el retiro y la soledad, del bienestar de que su familia iba á gozar, ofrecía la suave majestad de las ruinas. A cada destello de esperanza frustrada, á cada indagación inútil, Adelina era presa de negras melancolías que desesperaban á sus hijos. La baronesa, que había salido por la mañana con una esperanza, era impacientemente esperada. Un teniente general, que debía su fortuna administrativa á Hulot, decía que había visto al barón en su palco del teatro del Ambigú Cómico, acompañado de una mujer dotada de espléndida hermosura. Adelina se dirigió á casa del barón de Bernier. Este alto funcionario, aunque afirmó que había visto á su antiguo protector y que la manera de estar con aquella mujer acusaba un matrimonio clandestino, acababa de decir á la señora Hulot que su marido, para evitar su encuentro, había salido mucho antes de terminar la función. —Estaba como un hombre en familia, y su porte denotaba miseria oculta—acabó diciendo.

—¿Qué hay?—preguntaron las tres mujeres á la baronesa.

—El señor Hulot está en París, y el saber que está cerca de nosotras es para mí ya un destello de dicha—respondió Adelina.

—Al parecer no se ha enmendado—dijo Isabel cuando Adelina acabó de contar su entrevista con el barón Bernier.—Se habrá liado con alguna obrera. Pero ¿de dónde sacará el dinero? Apuesto á que se lo pide á sus antiguas queridas, á la señorita Jenny Cadine ó á Josefa.

La baronesa sintió doblemente excitados sus nervios, se enjugó las lágrimas que acudieron á sus ojos, y fijando sus miradas dolorosamente en el cielo, dijo:

—No creo que un oficial de la legión de honor haya descendido tan bajo.

—¿Qué no haría él por darse gusto!—repuso Isabel.—Ha robado al Estado, y será capaz de robar á los particulares y tal vez asesinar.

—¡Oh! Isabel, guarda esos pensamientos para ti,—exclamó la baronesa.

En este momento Luisa se acercó al grupo formado por la familia, al cual se habían unido los dos pequeños Hulot y el pequeño Wenceslao para ver si los bolsillos de su abuela contenían golosinas.

—¿Qué hay, Luisa?—le interrogaron.

—Está ahí un hombre que pregunta por la señorita Fischer.

—¿Qué hombre es?—dijo Isabel.

—Señorita, está lleno de andrajos, tiene la nariz roja como un tomate, y apesta á vino y á aguardiente. Debe ser uno de esos obreros que trabajan media semana.

Esta descripción poco grata dió por resultado el que Isabel saliese al patio de la casa, hallando allí un hombre que fumaba en una pipa cuyo *culotage* anunciaba al fumador artista.

—¿Por qué viene usted aquí, padre Chardin?—le dijo.—Habíamos convenido en que estaría usted todos los primeros sábados de cada mes á la puerta del palacio Marneffe; he estado yo allí cerca de cinco horas, y usted no se presentó.

—He estado, mi respetable y caritativa señorita—respondió el colchonero;—pero había una gran partida en el café de los sabios, y cada uno tiene sus pasiones. La mía es el billar. A no ser por el billar, podría yo comer en platos de plata; pero fijese usted bien,—dijo sacando un papel del bolsillo de su desgarrado pantalón,—el billar trae las copitas de aguardiente... es ruinoso por los accesorios, como todas las cosas hermosas. Yo conozco la consigna, pero el viejo está

en un apuro tan grande, que me he atrevido á venir á terreno prohibido. He aquí el escrito que su estimable pariente... esa es su opinión política.

El padre Chardin hizo algunos zigzags en la atmósfera con el índice de su mano derecha.

Isabel, sin escuchar, leía estas dos líneas:

«Querida prima, sea usted mi providencia. Déme hoy mismo trescientos francos.

HÉCTOR.»

—¿Para qué quiere tanto dinero?

—¡El propietario!—dijo el padre Chardin, que seguía dibujando arabescos.—Además, mi hijo ha vuelto de Argelia por España y... no ha podido traer nada, contra su costumbre. Porque, crea usted, está hecho mi hijo una ficha. ¿Qué quiere usted? tiene hambre; pero nos devolverá lo que le prestemos, porque va á hacer una gorda, pues tiene ideas que pueden llevarle lejos.

—Sí, á la cárcel—repuso Isabel;—es el asesino de mi tío, y no lo olvidaré nunca.

—¿El sangrar á un pollo? Si no podría, respetable señorita.

—Bueno, aquí tiene trescientos francos—dijo Isabel, sacando quince monedas de oro del bolsillo,—váyase y no vuelva nunca más aquí.

Esto diciendo, acompañó al padre del guardaalmacén de viveres de Orán hasta la puerta, y una vez allí, le dijo al portero:

—Siempre que ese hombre venga, si por casualidad viene, no le deje entrar, y dígame que no estoy en casa. Si quisiese saber si el señor Hulot hijo, ó si la señora baronesa de Hulot viven aquí, le responderá usted que no conoce á estas personas.

—Está bien, señorita.

—Le va en ello su colocación, en caso de una torpeza, aunque sea involuntaria—le dijo la solterona á la portera.—Primo mío—le dijo al abogado que llegaba entonces,—está usted amenazado de una gran desgracia.

—¿Cuál?

—Dentro de algunos días, tendrá usted por suegra á la señora de Marneffe.

—Eso lo veremos—respondió Victorino.

Hacia ya medio año que Isabel pagaba todos los meses una pequeña pensión á su protector, el señor barón Hulot, del que á la sazón era la protectora. Bel conocía el secreto de su morada y saboreaba las lágrimas de Adelina, á la cual le solía decir, cuando la veía alegre ó esperanzada:—Espere usted ver algún día el nombre de mi primo entre el de los procesados.—En esto, como precedentemente, iba demasiado lejos en su venganza, tanto, que había despertado la prudencia de Victorino. Éste había resuelto acabar con aquella espada de Damocles mostrada sinceramente por Isabel y con el demonio hembra á quien su madre y la familia debían tantas desgracias. El príncipe de Wisembourg, que conocía la conducta de la señora de Marneffe, apoyaba la empresa secreta del abogado y le había prometido la intervención secreta de la policía para instruir á Crevel y para salvar toda una fortuna de las garras de la diabólica cortesana, á quien no perdonaba ni la muerte del mariscal Hulot, ni la ruina total del Consejero de Estado.

CAPÍTULO XXXIII

Ángeles y diablos tomando parte en la misma acción

Las palabras «se lo pedirá á sus antiguas queridas», dichas por Isabel, ocuparon toda la noche á la baronesa. Como los enfermos condenados que se entregan á los charlatanes, como las gentes llegadas á la última esfera dantesca de la desesperación, ó como los ahogados que toman las estacas flotantes por amarras, Adelina acabó por creer cierta la bajeza cuya sola sospecha le había indignado, y se decidió á recurrir á alguna de aquellas odiosas mujeres. Al día siguiente por la mañana, sin consultar á sus hijos, sin decir una palabra á nadie, se fué á casa de la señorita Josefa Mirah, *prima donna* de la Academia real de música, á fin de realizar ó de ver desvanecida la esperanza que acababa de relucir como un fuego fatuo. A las doce del día, la camarera de la célebre cantante le entregaba la tarjeta de la baronesa Hulot, diciéndole que esta señora esperaba á la puerta, después de haberle preguntado si la señorita podía recibirle.

—¿Está arreglado el salón?

—Sí, señorita.

—¿Han sido renovadas las flores?

—Sí, señorita.

—Pues dile á Juan que dé un vistazo para que nada falte, antes de introducir á esa señora, y que procure tener con ella las mayores consideraciones. Anda y vuelve á vestirme, porque quiero estar lo más hermosa posible.

Y esto diciendo, fué á mirarse en su espejo, pensando:

—Acicalémonos. Es necesario que el vicio se presente armado ante la virtud. ¡Pobre mujer! ¿Qué me querrá?... Me conmueve el ver

¡De la desgracia á una augusta víctima!...

Acababa de cantar este célebre aire, cuando la camarera entró diciendo:

—Señora, esa dama parece presa de un temblor nervioso.

—Ofrécele agua de azahar, ron.

—Ya lo he hecho, señorita; pero lo ha rechazado todo, diciendo que era un pequeño ataque de los nervios.

—¿Dónde la habéis introducido?

—En el salón.

—Date prisa, hija mía, vamos, mis zapatillas más bonitas, la bata que me hizo Bijou, todos mis encajes. Hazme un peinado que asombre á una mujer. Esa señora representa un papel opuesto al mío. Que le digan á esa dama (porque es una gran dama, hija mía, ¡qué digo! es más aún, es lo que tú no serás nunca, es una mujer cuyas oraciones libran á las almas del purgatorio) que estoy en la cama, que representé ayer y que me estoy levantando.

La baronesa, introducida en el gran salón de la casa de Josefa, no notó el tiempo que había pasado allí, aunque había esperado media hora larga. Aquel salón, renovado ya desde la instalación de Josefa en aquel palacio, estaba cubierto de sederías color *massaca* y oro. El lujo que los grandes señores despleaban antaño en sus casas, lujo del que quedan aún restos magníficos que justificaban su nombre, brillaba con la perfección debida á los medios modernos en las cuatro piezas abiertas, cuya agradable temperatura estaba regularmente mantenida por un calorífero de bocas invisibles. La baronesa, aturdida, examinaba todos aquellos objetos de arte con un asombro profundo y hallaba en ellos